

plácido, tiene algo de maravilloso; pero no puedo afirmar que esto sea completamente superior á las fuerzas de la naturaleza.» De cuanto hemos dicho de la historia de la enfermedad, de la pretendida crisis y del sueño plácido en el capítulo VII, queda bien establecido que el hombre más escéptico no puede dudar de la verdad del milagro.

286. Nuestro doctor atestigua, por último, que ha tomado sus objeciones en los principios de la ciencia médica y en los datos de la experiencia. ¡Pluguiera á Dios, exclama en seguida, que para gloria de Dios los venerables Padres tilden de ligereza los argumentos expuestos! Otros juzgarán si las objeciones de nuestro sabio son, en efecto, un eco fiel de la ciencia y de la experiencia. Por nuestra parte, que estamos en pleno disenso con él, no nos adherimos menos al voto religiosísimo que ha emitido al concluir.

APÉNDICE.

Memoria del Doctor Carlos Maggiorani acerca esta cuestión: ¿Es cierto que la curacion de María Rosa de Luca fué milagrosa (1)?

1. La regla que sigue constantemente la santa Iglesia romana cuando examina la vida de los Siervos de Dios, es no descansar en rumores vagos y relatos sin pruebas, para declarar que ciertos hechos son milagrosos. Antes de pronunciar su juicio exige numerosos testimonios, que pesa rigurosamente sometiendo a un escrupuloso examen, haciendo siempre llamamiento á las luces de hombres competentes en cada materia. Esta es la razon porque á la demanda del Emo. Rmo. cardinal Patrizzi, relator en el proceso de beatificacion y canonizacion del venerable siervo de Dios Benito José Labre, tengo que expresar mi opinion acerca la cuestion siguiente: Es cierto que fué milagrosa la curacion de María Rosa de Luca?

Desde luego examinaré el carácter verdadero de la enfermedad que aquejó á María Rosa, pues este es el lugar oportuno de recordar las palabras tan prudentes de Tortosa: «Para que un médico juicioso pueda creerse autorizado á juzgar una curacion milagrosa, es preciso ante todo que conozca con exactitud la naturaleza y el carácter de la enfermedad en cuestion, lo mismo que el temperamento y las predisposiciones del enfermo; y tal conocimiento sólo puede ser fruto de un atento examen de éste, ó por lo menos de un relato verídico y detallado de lo que experimentó.» En el caso que nos ocupa está fuera de duda que todos los testigos sólo han querido decir la verdad; pero la historia de la dolencia no es bastante completa ni abraza de un modo suficiente las diferentes peripecias para que pueda

(1) Como esta memoria es discutida por una contestacion del defensor, nos hacemos el deber de darla en apéndice. P. M.

afirmarse que María Rosa estuviese atacada de una tisis, como declara el defensor de la causa; lo que es debido á que la tisis es un mal asaz difícil de conocer claramente, pues se presentan á veces fenómenos extraños, y hanse visto hábiles médicos, consultados en enfermedades de este género, ser de pareceres completamente diferentes. ¿No es acaso por eso que en todos tiempos se ha puesto particular cuidado en estudiar la naturaleza de los espantos del enfermo? ¿que en nuestros días los médicos repercuten el pecho del físico y lo auscultan atentamente, á fin de darse cuenta exacta del estado de su respiración? Quieren apoyar con argumentos razonables el diagnóstico con harta frecuencia erróneo que se formula según los solos síntomas visibles, á fin de ponerse al abrigo de todo error. Así es natural que un sabio distinguido, Fr. Hoffmann, investigando por qué se logra tan difícilmente curar á los atacados de tisis, dió de ello esta razón: «Esta enfermedad no presenta siempre signos diagnósticos bastante evidentes para que podamos determinarla con exactitud.» Y algunas líneas más adelante añade esta reflexión (1): «Es á la verdad difícil reconocer claramente una tisis, y en semejante materia hasta los médicos más distinguidos se equivocan con frecuencia.»

2. Como se ve, los médicos que visitan asiduamente á sus enfermos y estudian con toda atención sus disposiciones, están á menudo indecisos y vacilan cuando se trata de tener por establecida una lesión pulmonar. Siendo así, ¿cuántas dificultades debió encontrar el médico de Campagnano, que habitualmente sólo iba una vez á la semana á Mazzano, y que podía consagrar muy poco tiempo á María Rosa, obligado como se veía á visitar con rapidez á todos los enfermos del pueblo? No pretendemos por cierto poner aquí en duda la habilidad y el celo de Dario Angelucci, que era un hombre de mérito incontestable. Pero debiendo visitar á muchos enfermos en breve tiempo y no pudiendo volver sino cada seis ó siete días, ha tenido que dejarnos, en vez de una memoria exacta, un relato bastante imperfecto de la dolencia de María Rosa. Sus síntomas serian mal observados ó incompletamente relacionados unos con otros. Para escribir semejante memoria con fidelidad, no basta dar á entender que la enferma fué atacada de una pneumonia, hay que declarar cuál era el grado de esta inflamación y hacer conocer su naturaleza.

(1) *Med. ration. syst. De affect. phthisica.*

No se ha dicho todo al añadir que esta pneumonia degeneró en vómica; necesitamos estar bien informados acerca el curso de esta vómica, sus diferentes fases y los fenómenos que presentó esta transformación. Se nos habla de tos, de fiebres, de sudores; tales expresiones son harta vagas: quisiéramos saber si los sudores se producian por la noche y regularmente, si la fiebre era periódica y sufría la influencia del régimen de vida de la enferma, si la tos hacíase más seca según el alimento que tomaba la enferma ó los ejercicios á que se dedicaba, como sucede por lo comun en la vómica. El mismo Dario confiesa la insuficiencia de sus informes cuando declara que tiene que referirse al cirujano acerca esta enfermedad: lamenta asimismo que la muerte de este último le haya privado de multitud de detalles útiles. «Encontré, dice, muchas indicaciones excelentes en el cirujano Santiago Sgarzi, y si aún viviese pudiera hablar de una manera más precisa que yo lo hago, refiriendo todo lo que concierne al desarrollo y á los diversos periodos de la enfermedad.»

3. Despues de datos tan incompletos, lo que puede conjeturarse con alguna probabilidad es que María Rosa fué atacada de un catarro pulmonar más bien que de una tisis producida por una vómica, pues efectivamente, en el caso que nos ocupa, la vómica debió resultar de una pneumonia; mas es poco verosímil que María Rosa fuese atacada de una pneumonia. Para convencerse de ello basta hacer las observaciones siguientes: 1.ª raras veces sucede al sarampion una inflamación grave de los pulmones sin intervención de una causa extrínseca, y aquí no se designa ninguna; 2.ª es poco probable que María Rosa pudiese evitar una enfermedad aguda por una sola pérdida de sangre. «No se le sacó sangre más que una vez, y esto fué desde el principio de la enfermedad.» 3.ª Nada indica que la enferma pudiese descansar de un lado, como sucede en el caso de vómica, cuando sólo hay un pulmón atacado. A más no se advertía en ella esa respiración ruidosa y esas transformaciones que acompañan siempre á la vómica; por lo menos nada lo indica. Muchas circunstancias tienden, por el contrario, á establecer que María Rosa no sufrió otra cosa que un catarro pulmonar. En efecto, 1.ª el catarro está por lo general en estado latente en el sarampion, como se reconoce con facilidad en los síntomas de esta dolencia. 2.ª La jóven padecía ya del asma antes que del sarampion; y el asma que tiene grandes afinidades

con el catarro pulmonar, puede fácilmente transformarse en catarro. 3.ª María Rosa estaba muy débil; no tenía fuerzas para moverse y andar... no podía sostenerse, y érale preciso apoyarse en el brazo de alguién: pues bien, esta debilidad más bien tiene relacion con una bronquitis crónica que con una verdadera tisis. «El catarro ocasiona siempre un debilitamiento considerable, lo que no tiene lugar en el caso de tisis.» 4.ª El desarrollo de la enfermedad fué rápido, y María Rosa, que al principio de marzo tuvo ya morbillos, sufría ronquera y tos desde los primeros días de abril; estaba abatida por una fiebre héctica; su respiración era tan corta, que al menor movimiento quedaba sin aliento; enflaquecía de un modo visible, debilitada por sudores nocturnos y una diarrea acompañada de cólicos. A partir de principios de abril todos estos síntomas fueron más alarmantes, y distinguíanse ya, dice la memoria del Defensor de la causa, los fenómenos que denotan una tisis. Pues bien, esta rapidez de la enfermedad, conforme se expresa José Franck, más bien es propia del catarro que de cualquier otra enfermedad de pecho (1): «El catarro se desarrolla más pronto que la tisis engendrada por la vómica y aun que toda tisis; más todavía, nos inclinamos á creer que las tisis galopantes, como se las llama, son tisis tuberculosas,» lo que no podría pretenderse en María Rosa, «que van acompañadas de otra enfermedad aguda y descuidada, ó que no son más que resultados de bronquitis crónicas.»

4. Poco importa ahora saber si la enfermedad de María Rosa presentó los síntomas que se encuentran en las tisis comunes, puesto que esta enfermedad tiene tal semejanza con la inflamacion crónica de los bronquios, que los antiguos dieron á esta última el nombre de tisis pituitosa. Así el célebre Franck, despues de tratar de la bronquitis crónica, que caracteriza la fiebre al fin del día, de los sudores nocturnos, la carraspera, el color amarillo-verdoso de los esputos y el enflaquecimiento de las carnes, termina haciendo observar que esta afeccion dura de tres semanas á tres meses, y concluye en estos términos (2): «No puede distinguirse la bronquitis crónica de la tisis sino examinando atentamente la constitucion del enfermo, recordando sus enfermedades precedentes y sobre todo el curso de la que se padece.» Aquí, en el caso de María Ro-

(1) *Prax. Med. univ. morb. pulm.*, § 51.

(2) *Ibid.*

sa, la enfermedad dura poco tiempo, y se ignora, como hemos visto, si fué precedida de una pneumonia. La jóven era de buena constitucion, como refieren los testigos: «su temperamento era excelente, y nunca habia estado enferma. Antes de su dolencia era fuerte, robusta, blanca y rosada como una cereza, y trabajaba en el campo.» El médico notó que era de naturaleza blanda, lo que podia favorecer un catarro, pero no tenía relacion alguna con la tisis.

5. Se me objetará sin duda que no pongo á parte la tisis sino refiriéndome solamente á la que engendra la vómica, mientras que el defensor de la causa, en su contestacion á las objeciones, no admite esta hipótesis. Sin embargo, en la demanda de Informacion de esta causa que dirige, menciona «acumulacion es de pus en los pulmones;» en la contestacion que hace para confirmar su tesis, cita á Manget y Burser, á propósito de «esas acumulaciones de pus en los pulmones.» ¿No es esto admitir la existencia de una vómica? En el lenguaje de la medicina ambas cosas no van la una sin la otra. Además en la contestacion de que hablamos se encuentra otra interpretacion de la vómica. «Esta palabra, se dice en ella, ha sido entendida de tantos modos, que no puede reprochársenos el haberla tomado en su más lata acepcion y de haber indicado así una lesion pulmonar cualquiera.» Ahora bien, en el caso que nos ocupa, las úlceras atestiguadas en los parénquimas pulmonares tuvieron que proceder de secreciones y acumulaciones de pus. Habria que decir, pues, que la tisis fué producida por esas acumulaciones de pus ó bien por la vómica, y entonces nuestras observaciones precedentes respecto al origen del mal conservarían toda su fuerza.

6. De consiguiente, esta pneumonia mal definida, la extrema debilidad de la enferma, lo que no sucede en los casos de tisis (todo esto precedido de un asma), el curso rápido de la enfermedad, indican más bien una inflamacion crónica de los bronquios que una tisis. Encuentra de ello una nueva prueba en la disminucion de violencia del mal. «En la tisis, dice Hipócrates, á medida que el mal hace progresos, el pus se vuelve más claro y las fiebres son más violentas.» Respecto á María, su salud mejoró de día en día, como lo demuestran las declaraciones de los testigos. Véase segun ellos, el curso de la enfermedad: «El sarampion reentró ó fué repercutido... en seguida em-

peoró... le administraron el Viático... creyóse que en breve moriría... pareció que se iniciaba una mejoría... sentóse en la cama... quiso vestirse... pudo dar algunos pasos por el aposento apoyada en un palo... vino á Roma.» Tal fué el curso de la enfermedad, y en vez de agravarse disminuyó sensiblemente.

7. Si pueden oponerse dudas acerca la naturaleza de la dolencia, con mucho mayor motivo cabe poner en tela de juicio su gravedad. Por mi parte, no puedo participar de la opinion del defensor: «La extrema gravedad de esta dolencia, lo mismo que su naturaleza, aparecen con evidencia.» Efectivamente, cuando la tisis llega á su último grado, el enfermo no puede ya abandonar el lecho, las uñas se le encorvan, caénle los cabellos, su cuerpo ofrece al tacto un calor ardiente, la piel es con frecuencia cubierta de pústulas, la deglutición se hace difícil á causa de las aftas que se forman en la garganta, el cuerpo del enfermo semeja un esqueleto, y el infeliz es presa de una diarrea de curacion imposible. Tal es el último período de la tisis: el cuerpo está tan disuelto que únicamente Dios puede conceder la curacion, cuando se le pide por intercesion de los Santos. María Rosa nunca se encontró en semejante estado, y distaba mucho de él, como cualquiera lo comprende considerando lo emprendió el viaje de Roma. ¿Cómo una jóven, llegada al postrer grado de la tisis, hubiera podido, montada en un jumento, hacer un camino de veinte y cinco millas bajo un sol de fines de mayo? No lo comprendo. Llegada á Roma, tampoco hubiera podido «subir la colina del Capitolio, visitar el templo de la santísima Virgen María in Ara-Cœli, ir en seguida á pié hasta la iglesia de Santa María de los Montes, permaneciendo allí largo tiempo *junto al sepulcro del venerable Siervo de Dios*, en la época en que era presa de la fiebre, de la diarrea y de los sudores colicativos. El defensor me opondrá que durante el viaje á Roma María estaba débil, que ni siquiera podía tenerse en el jumento.» Tomo el sumario del proceso, y en él leo lo que sigue: «Tenia entonces más necesidad de que alguna de nosotras la sostuviere.» Luego pudo algunas veces manejarse sola. Dícese que subsistien siempre la tos, la sed, la dificultad que experimenta para respirar, y á esto contesto que tales enfermedades pueden acusar muy bien una dolencia, pero en nada indican que sea muy grave. Es legitima, por lo tanto, la duda de que en aquella época estuviese María al borde del sepulcro.

8. Despues de haber examinado la naturaleza y gravedad de la dolencia, quiero considerar este milagro bajo otro punto de vista: dícese que se descuidó emplear los remedios propios para producir una curacion. Haré observar que nunca se cerró los ojos acerca esta enfermedad y que se adoptaron diversos medios para combatirla. Desde el principio de la afeccion echóse mano de varios remedios propios para impedir los progresos de la inflamacion: «sangróse una vez á la enferma.» Aplicando una sola vez para combatir una pneumonia, este remedio fué insuficiente. Al contrario, en un caso de *flagosis catarral*, procedente de un exantema, sólo ha de recurrirse á la sangria con prudencia y moderacion; trátase entonces de impedir que el mal empeore y al mismo tiempo que no quede postrado el enfermo, lo que perjudicaria mucho la curacion. Seria harto difuso si en los reducidos limites que consiente este escrito citase los testimonios de los médicos que nos declaran que la pneumonia exige sangrias abundantes, mientras que en la inflamacion catarral de los bronquios deben ser ligerisimas. Fr. Hildebrando, que no es partidario de las sangrias abundantes, permite abrir tres ó cuatro veces la vena en veinte y cuatro horas cuando el período agudo de la pneumonia, mientras que cuando trata de los remedios que deben emplearse contra las inflamaciones catarrales, no nombra las sangrias (1) No obstante hay que felicitar al médico de Campagnano por haber practicado la flebotomía, como lo enseña Vieusseux: «Una de las causas comunes de la tisis es que se omite practicar una sangria desde el principio de la inflamacion cuando se ha declarado un catarro; pasado este momento no produce efectos saludables (2).» Al mismo tiempo administráronse algunos remedios á la enferma: eran drogas preparadas por el boticario, pero como no conocemos su composicion, no puede suscitarse sobre ellas cuestion alguna. Cuando el mal hizo progresos, «sólo se dió á la enferma suero, leche y tisanas, lo que le hacia mucho bien en el pecho. Recuerdo que le daban como alimento pan mojado con leche; continuó tomando suero hasta el momento en que partimos de Mazzano.» De lo que deduzco que se administraron á la enferma los remedios que le convenian, y eso no sólo al principio de la enfermedad, sino durante todo su curso.

1) *Instit. pract. Med.* t. 4, 319.

2) Salassó, *op. cit.* c. 11.

He dicho que tales remedios convenían en el caso de que se nos habla; pues si era bueno, desde el principio de la dolencia, practicar una sangría, el uso de la leche durante el curso de la enfermedad debió ser aún más eficaz (1). «Hay un remedio, dice Hoffmann, que no data de ayer, sino que una experiencia de treinta siglos hecha por los médicos de todos los países, ha demostrado la eficacia en todos los casos de tisis; es la leche.» Y el mismo autor añade que «la leche es un remedio universal para todas las enfermedades de pecho.» Sea, pues, que María Rosa fuese atacada de un catarro, como yo pretendo; sea que sufriera de una tisis, como sostiene el defensor de la causa, en ambos casos la leche conservaba sus saludables propiedades. Pero sus efectos son sobremañera notables, dice Hoffmann, en las enfermedades del pecho producidas por una pleuresía ó una neumonía. «El mejor remedio que puede emplearse entonces es la leche, y conozco muchos tísicos que tenían ya un pié en el sepulcro, á quienes la leche devolvió la salud. «Si admito la opinión del defensor respecto á la naturaleza de la enfermedad de María Rosa, mi tesis es aún más sólida, á saber, que se emplearon los remedios eficaces. La misma observación se me ocurre con el suero que se dió á beber á María Rosa hasta su partida de Mazzano. El autor de quien habla poco há declara asimismo «que el uso del suero proporciona aún más alivio que el de la leche, sobre todo cuando se trata de pulmonías crónicas y de enfermedades de entrañas; sus propiedades medicinales son mas numerosas que las de la misma leche. Dábanle igualmente infusiones de plantas pectorales; y estas tisanas hacían mucho bien al pecho de la enferma.» El modo, pues, como se trató la enfermedad de María Rosa nada deja que desear. Sería bueno que los médicos, desdeñando el empleo de tantos remedios excitantes y fortificantes que fatigan á los enfermos, se limitasen á recomendarles, en no pocas circunstancias, la leche y el suero. Su papel sería sin duda más humilde, mas los enfermos encontrarían en él efectiva utilidad, porque la leche goza de multitud de propiedades: purifica la sangre y los humores, hace desaparecer las úlceras y restaura las fuerzas. Entre los médicos que hacen tamaño elogio de la leche, sólo he citado á Hoffmann por temor de ser prolijo; si hubiese querido dar muestras de erudición, hubiera podido alegar el testimonio

(1) Op. cit.

de muchos otros, tanto antiguos como modernos. Llamaré, sin embargo, la atención sobre una cosa, y es que los médicos que han roto con los preceptos de Hipócrates, menospreciando tantas observaciones debidas á una experiencia de muchos siglos, estos médicos, digo, están concordes en reconocer la excelencia de la leche, y esta es quizá la única verdad que se ha salvado del naufragio de las antiguas teorías médicas.

9. Es muy cierto, pues, que se emplearon los remedios más propios para curar á María Rosa, no sólo desde el principio de la enfermedad, sino durante todo su curso, y hasta en su viaje de Roma, durante el trayecto hizo ejercicio, respiró nuevo aire, y comenzó á esperar su curación. El ejercicio y el cambio de país son recomendados por todos los médicos. «Si no puede viajar en barca, dice Celso, que por lo menos se haga conducir en litera y tome algun ejercicio (1).» El mismo autor añade lo siguiente con ocasión de la tisis: «Conviene cambiar de país y buscar un aire más suave que el que se respiraba antes.» Zeviani, hablando de la tisis catarral, hace las siguientes reflexiones (2): «Esta tisis se cura sobre todo con el ejercicio á caballo, mucho movimiento y el cambio de aires.» Si se alega que tres días de ejercicio solamente y de cambio de clima no bastaban para producir tamaño transformación en María Rosa, hay que admitir, sin embargo, que el espíritu tiene sobre el cuerpo considerable influencia. Ahora bien, esta jóven deseaba ardientemente su curación, y vino con plena confianza á invocar al venerable Benito. Su alma fluctuaba entre la esperanza, el respeto y el temor: la majestad del lugar y la afluencia del pueblo, el recuerdo de las gracias obtenidas por la intercesión del Santo, hacían viva impresión en su espíritu. En tales momentos sucede á menudo que se produce un completo trastorno en los enfermos, y que recobran la salud. Tal es el parecer de Sprengel (3).

10. Pero, me dirán aquí los defensores de la causa, poco nos importa saber si se emplearon los remedios oportunos, puesto que fueron inútiles. Confieso que es siempre difícil discernir el efecto producido por un remedio. Con todo, aun en los casos en que no se suscita la cuestión de milagro, cuando la curación es cosa cierta,

(1) Lib. 3, cap. 22.

(2) De morb. purulen. t. 3, p. 31.

(3) Therap. gener. § 181.

puede reconocerse con mucha frecuencia si es debido á la naturaleza ó á las prescripciones de la medicina. Cuando uno ha seguido muchas veces, y con éxito, el mismo curso en el tratamiento de las enfermedades, y el enfermo se encuentra en seguida mejor, se tienen fuertes razones para creer que en ello ha entrado por mucho el tratamiento. Si esto es así, la misma cuestión se ofrece en nuestro caso: María Rosa experimentó mejoría antes de su completa curación? Mas arriba he dicho mi parecer acerca este punto: creo, como el promotor de la fé, que María sufría menos cuando emprendió el viaje, y para convencerse de ello basta examinar lo que sucedió. Ved aquí una enferma que hasta aquí estaba postrada en el lecho del dolor, levantarse, emprender un largo viaje, montar en un jumento y franquear pasos difíciles, expuesta á los rayos de un sol abrasador. El camino es penoso, y no puede procurarse sino un alimento grosero; no importa: mézclase con la multitud, y pasa largas horas de rodillas: indudablemente había de experimentar mejoría relativa y sentirse más fuerte. Y después de tantas fatigas ¿qué sucede? Que á los ojos de todo el mundo parece restablecerse. «La primera noche (trátase aquí del viaje) no hizo más que entristecerse; la mañana siguiente la encontraron un poco mejor; la segunda noche se lamentó menos que la primera; cuando llegó el día estaba aún abatida y triste, pero menos que la víspera: sin duda no se había restablecido completamente, pero su estado mejoró mucho.»

11. Podrá pretenderse que experimentaba muy poco alivio toda vez que subsistía en ella la tos, lo mismo que la necesidad de escupir. A esto contestó que, en los casos de tisis, tales accidentes pueden subsistir aun cuando el enfermo se encuentre mejor: la fiebre es mucho menos violenta, y las excreciones son de naturaleza más benigna. Examinemos detenidamente cada uno de estos tres puntos. Respecto á la diarrea nada nos dicen los testigos; pero el viaje emprendido nos muestra bastante el estado en que se encontraba María. Carecemos de datos acerca el segundo punto, la fiebre. Paso á la naturaleza de los esputos, que, según declara el médico, presentaban un aspecto viscoso. Pues bien, uno de los prácticos más renombrados de la antigüedad, Areteo, juzgaba que en este caso la dolencia tendía á disminuir de intensidad. En cuanto á los edemas que se advirtieron en los pies de la enferma, dícese que son una prueba de que el mal está todavía en

toda su violencia (1). Este argumento serviría á las mil maravillas á la tesis que combato, si fuese cierto que tales hinchazones se produjeron en el momento en que María Rosa se encontrase en la última extremidad. Tal es el parecer de los autores que el defensor de la causa ha citado en apoyo de su opinión: declaran que se observa este fenómeno «cuando la tisis ha durado mucho y la enferma declina continuamente; asimismo cuando se teme una sofocación, ó bien empieza á retirarse la vida, abandonando primero las extremidades del cuerpo.» Al producirse dicha hinchazón en los pies de María Rosa, hacía poco tiempo que estaba enferma y no se encontraba reducida al último extremo; antes al contrario, después de haber corrido peligros de muerte bastante serios, había mejorado y recobraba las fuerzas. Siendo así, la edema no fue para ella una señal de debilidad, sino más bien un esfuerzo de la naturaleza para recobrar la salud. ¿No es indudable, en efecto, que los médicos que ven fácilmente el fin de una dolencia por ciertas señales características? «Cuando, dice Boerhaave, el mal ya no aumenta, sino que por el contrario parece decrecer, las fuerzas del enfermo lejos de decrecer se reaniman (2).

En María Rosa la dolencia presentaba menos intensidad, y las fuerzas volvían poco á poco, puesto que en la época de que hablamos hallábase en estado de levantarse y emprender un largo viaje. Por lo demás, si quisiese tratar á fondo la cuestión de la edema y establecer cómo en las enfermedades de pecho, cuando no está atacado ninguno de los miembros del cuerpo, la edema es una señal de curación próxima, bastaríame recorrer los escritos de los médicos más distinguidos y citar su opinión. Para no ser difuso nombraré sólo á Baglivi: más de una vez, cuando tenía que tratar catarros pulmonares ó asmas, se le oyó desear que se produjesen edemas. Lorry, en su obra clásica acerca las «transformaciones de las enfermedades,» declara lo que sigue: «Vi á un sujeto oprimido por una sofocación terrible y que estaba en el último extremo: hincháronse sus pies, y quedó curado instantáneamente. Verdad es que María Rosa no quedó completamente curada después de la formación de la edema; mas esto prueba simplemente que la transformación de su dolencia no fue entera, como se observa en muchos enfer-

(1) Lib I, c. II.

(2) De signis morborum.

mos; pero no es menos cierto que produjo un efecto verdaderamente saludable.

12. Ocupémosnos ahora de esta noche de dolor, en la que se encuentran los principales argumentos en favor de la causa. La jóven, retirada en su dormitorio, experimentó dolores de pecho muy vivos; mas habiendo recurrido á una imágen del venerable Siervo de Dios, logró conciliar un apacible sueño, y al siguiente día observáronse en ella los indicios de curacion. Seria de desear que el relato de este hecho fuese completo, que se hubiese llamado á un médico para que averiguase la naturaleza del dolor y certificase la verdad de las principales circunstancias de esta curacion. Los testigos que nos la refieren son en efecto poco ilustrados, y no pudieron darse de ella cuenta bien exacta. «En las enfermedades, dice Landré-Beauvais, nunca se debe juzgar acerca un dolor considerado aisladamente; hay que recurrir á otras indicaciones (1).» La enferma tenía fiebre? padecia sed? no estaba debilitada por la diarrea? ¿Cuál fue el carácter particular de este dolor, su sitio y su duracion? ¿era más agudo cuando la enferma tosía ó respiraba con mayor fuerza? ¿en qué estado se encontraban las entrañas? ¿qué color presentaba la lengua? ¿cómo, por último, estaba acostada la enferma? Todos los informes se limitan á esta declaracion: «Experimentaba violentos dolores de pecho.» Con datos tan incompletos apenas habria médico que se atreviese á definir la naturaleza del dolor experimentado por Maria. Todos, por el contrario, declararían que las palabras de Baglivi, invocadas aquí por los defensores de la causa, de ningun modo se aplican al dolor de Maria Rosa. Este autor habla en efecto de las personas á quienes la tisis tuberculosa ha debilitado mucho, é indica como señal de muerte próxima «la existencia en ellas de violentos dolores de pecho, cuando se presentan en circunstancias determinadas.» ¿Cuáles son, pues, las circunstancias de que aquí se trata? Nuestro autor las habia enumerado algunas líneas más arriba. «Los enfermos, dice, parece se encuentran bastante bien; pero su respiracion es penosa y se vuelve cada vez más difícil; ya no escupen, experimentan en el pecho un dolor continuo, no pueden descansar del lado enfermo, están postrados por una tos seca, etc.» Ahora bien, tales síntomas difieren completamente de los que se advirtieron en Maria Rosa: su tos no era

(1) Tom. 2, p. 185.

menos seca, escupia continuamente; antes de la noche de que nos ocupamos nunca habia sentido dolores de pecho; podia descansar así del lado derecho como del izquierdo, por lo menos en ninguna parte se dice lo contrario. Por último, no empezó á respirar difícilmente sino despues de haber estado muy enferma, mientras que las personas de quienes habla Baglivi estaban atacadas de la diatesis tuberculosa, y por lo demás se encontraban bien, cuando su respiracion vino á ofrecer este carácter inquietante.

13. En medio de tantas incertidumbres parece, sin embargo, que puede decirse que Maria Rosa experimentó esos dolores de costado de que habla Hipócrates en sus *Aforismos*, y que «se producen cuando se respira un aire vivo y frio.» Balloni habla de ellos de este modo: «Los vientos ocasionan á veces dolores de costado. Aquellos cuyo temperamento es hipocondríaco tienen necesidad de mucho aire, sobre todo cuando el quilo se distribuye en las diferentes partes del cuerpo; lo mismo sucede cuando se acostumbra tomar bebidas frias ó comer frutas crudas (1).» Maria Rosa habia comido precisamente aquel día guisantes y cerezas, como declaran los testigos. Por lo demás, los dolores de este género son molestos, y á esto se reduce todo, pues nada grave indican, y no exigen más que un poco de calor para desaparecer.

Si no se pueden explicar estos dolores refiriéndolos á la accion de los vientos, no tendremos necesidad para ello de recurrir á una inflamacion pleurética, pues no nos faltarán explicaciones. Balloni es quien nos lo declara, criticando el abuso de las sangrias. «Ignoran esas mujeres imprudentes y esos audaces charlatanes que muchas cosas pueden producir dolores de costado. Una de las causas más frecuentes es el abuso de la sangria. A menudo esta operacion es saludable, pero, con mayor frecuencia aún, tiene lamentables consecuencias. Muy poca cosa basta para ocasionar dolores de costado (2).»

14. Cualquiera que sea, pues, el origen ó la causa del dolor que experimentó Maria Rosa aquella noche, debemos guardarnos mucho de reconocer en él un indicio de recrudescencia del mal: todo lo contrario, se nos aparece como un síntoma de curacion. «En las enfermedades que de algun modo han paralizado ciertas partes del cuerpo y vuelto casi insensibles los miembros, los vivos dolores

(1) Ballon. *Epidem. et Ephem.* lib. 1, p. 5.

(2) *Ibid.* p. 53.

son un feliz presagio (1).» Encuéntranse numerosos ejemplos de enfermedades agudas ó crónicas curadas por los dolores de este modo, y para presentar el testimonio de algunos médicos en apoyo de esta verdad, contentémonos con citar á Alberti, Buchner, Srike, Tunkel, Schulse, hombres de incontestable autoridad. No se trata aquí de teorías al azar: sólo hablan de lo que han visto, y nos hacen observar que entre las crisis que promueve la naturaleza para llevar á una curacion, hay que contar ante todo un trastorno general acompañado de vivos dolores. Así es como con suma frecuencia los reumatismos hacen desaparecer la languidez intestinal, y que la jaqueca pone fin al histérico. Por lo tanto, es conforme á las tradiciones de la medicina el considerar este dolor de María Rosa como un presagio de la curacion.

15. Despues de experimentar esos dolores, María Rosa durmió más profundamente que de costumbre, y cuando despertó estaba curada; ciertamente es notable esta curacion, pero faltanle las condiciones requeridas para constituir un milagro, y puede explicarse naturalmente. Esta curacion, ó mejor complemento de curacion, puesto que los caminos habian sido muy bien preparados por una saludable crisis, se produjo en las condiciones que sigue habitualmente la naturaleza. En efecto, despues de vivos dolores y de un trastorno general, la enferma duerme con completo sueño. Tal es el curso de la naturaleza, que remueve primero á los enfermos, y en seguida les hace encontrar la curacion de sus sufrimientos en un apacible descanso. «Cuando un enfermo duerme profundamente, dice Sprengel, despues de haber experimentado vivos dolores, es un presagio feliz (2). Se me contestará sin duda que María Rosa no gozó de este sueño apacible hasta que curó por el contacto de una imagen representando al venerable Siervo de Dios. Yo tambien adoptaria gustoso esta opinion, pues de ningun modo pretendo negar la posibilidad de un verdadero milagro. Pero Su Eminencia Reverendísima no entiendo concluir en la existencia del milagro hasta haber consultado á los hombres del arte y asegurarse de que no se pueda explicar esta curacion de una manera del todo natural. Creo, pues, que en el caso que nos ocupa las solas fuerzas de la naturaleza pudieron producir la curacion.

(1) Sprengel *Sympt. gener.* § 271.
 (2) *Op. cit.* § 285.

16. Voy á resumir brevemente del modo que sigue:

1.º No se puede definir con toda precision la enfermedad de María Rosa. Con todo, relacionando la mayor parte de las observaciones que pudieron hacerse durante el curso de esta enfermedad, se convendrá en una bronquitis lenta, ó bien en un catarro crónico, más bien que en una verdadera tisis.

2.º Aun admitiendo la hipótesis de una tisis, ciertamente no llegó á tal punto que no pudiese ya esperarse curacion.

3.º El Dr. Angelucci, que cuidó á la enferma, mostróse habilísimo médico.

4.º Puede afirmarse sin duda alguna que María Rosa, cuando emprendió el viaje de Roma, estaba ya en parte restablecida.

5.º Ciertamente hay algo de notable en ese dolor llevado á su paroxismo y seguido de un apacible sueño: con todo, aun en eso nada veo que exceda las fuerzas de la naturaleza.

Tales son las observaciones que, guiado por la ciencia y la experiencia de los médicos, he creido deber presentar respecto á la curacion de María Rosa. Mi conciencia me da el testimonio de que, en el cumplimiento de la tarea que se me confió, no he querido seguir en todo sino los intereses de la verdad. Ahora no me queda más que una cosa que desear, y es que se declaren destituidas de fundamento las razones que he alegado, si este juicio puede procurar la mayor gloria de Dios.

CARLOS MAGGIORANI,

Doctor médico, profesor en la escuela de medicina política y legal de Roma, y delegado por la Sociedad de médicos y cirujanos para hacer la memoria que acaba de leerse.

Últimas observaciones críticas del R. P. Promotor de la fe acerca el primer milagro.

1. El carácter de esta enfermedad parece no ha sido demostrado de un modo bastante claro para que no deje lugar á duda alguna. El conjunto de los síntomas que, conforme los documentos, aparecieron en el estado patológico de María Rosa, no es exclusivo de la tisis, sino que

asimismo se refiere muy bien á los signos diagnósticos del catarro crónico. Y esto no es sólo parecer del primer perito, el Dr. Maggiorani, quien considera la curacion como natural, si que tambien el segundo, el Dr. Ghirelli (1), el mismo que la cree milagrosa, lo confiesa francaamente. Apoyado en la autoridad de muchos médicos célebres, en particular de Laennec, Ghirelli establece claramente cuánta semejanza existe entre los síntomas de las dos enfermedades. Hay entre ellas, en efecto, la semejanza más perfecta respecto á los esputos, la demacracion y todos los demás síntomas. Luego, si es probable que la jóven fuese atacada de tisis, como se dice, puédesse con igual probabilidad, por no decir mayor, creer en un catarro crónico, sobre todo si se considera el rápido curso de la dolencia, rapidez mucho más natural y acostumbrada en el catarro que en la tisis, pues Bonnet se expresa así: «Por mi parte, creo que la llaga del pulmon no es tal hasta que al cabo de mucho tiempo degenera en vómica ó en empiema.» Tenemos, pues, que ir con cautela para no confundir enfermedades de especies próximas, pues segun sentencia de Ciceron, *lo falso es vecino de lo verdadero*.

2. Añadid á esto una dificultad particular del diagnóstico, pues la tisis es una dolencia cuyo carácter es difícil descubrir y reconocer. El defensor de la causa sostiene que esta dificultad sólo existe al principio de la tisis, mas en realidad existe hasta en la tisis confirmada. El defensor nos proporciona de ello á pesar suyo una prueba de autoridad cuando, esforzándose en mostrar que la tisis confirmada es incurable, cita la opinion de Manget. Al principio de la cita encontramos estas palabras que demuestran cuán difícil y oscuro es el diagnóstico de la tisis: «Los que se vanaglorian de haber curado tísicos, miren no se hayan engañado en el diagnóstico de la enfermedad, y así se regocijen de un triunfo imaginario.» No es fácil, pues, reconocer la tisis aun confirmada, puesto que hasta los médicos pueden muy bien equivocarse en ella.

3. La dificultad parecerá mayor todavía cuando sepamos que el escupir pus, á lo que el defensor da tanta importancia, no es siempre un signo patognomónico de la tisis. Esto es lo que enseña entre otros Bonnet, en térmi-

(1) No continuamos aquí la memoria del Dr. Ghirelli, pues á nuestro juicio nada añade á la del Dr. Maggiorani, y era preciso abreviar. Por lo demás, se declaraba por el milagro.

nos muy expresos: «El escupir pus no es siempre una señal patognomónica de la tisis. Conozco una señora que escupe pus cada mes con tal abundancia, que con mucha frecuencia arroja hasta tres libras de un pus muy infecto: en el intervalo se encuentra bien, tiene buen color y ni siquiera tose, si no es cuando van á presentarse los esputos periódicos del pus: únicamente el flujo menstrual no es abundante. Juzgen ahora los sabios si el escupir pus es siempre una señal patognomónica de la tisis.»

4. Aun cuando se admitiese que hubo tisis, tenemos motivos para dudar que fuese azar grave para que no pudiese curar naturalmente, pues en el segundo grado de la tisis, grado en el que todavía es curable, adviértense por lo comun cierto número de síntomas que convienen asimismo al tercer grado ó á la tisis confirmada; pues la respiracion precipitada, la tos penosísima y fatigosa, los esputos purulentos y fétidos, la debilidad de todo el cuerpo, son síntomas considerados como comunes al segundo y tercer grado de la tisis.

El punto acerca del cual hay más motivo para dudar, á lo que parece, es el de saber si, admitiendo la tisis, se ha comprendido y reconocido con bastante exactitud la diferencia entre estos dos grados; pues si la naturaleza de la enfermedad es tal que los médicos más célebres por su ciencia se equivocan en ese discernimiento, como los dos peritos lo han establecido conforme notables autoridades, tenemos aún más razon para temer que los médicos del campo, menos sabios por lo comun, que cuidaron á Maria Rosa, incurrieron en un error tan fácil.

5. Ahora bien, la tisis de la jóven ¿no estaba más bien en el segundo grado que en el tercero? Asi parece probarlo el viaje que hizo la enferma para venir á Roma. Cierto, quien conoce esta vasta campiña expuesta por todas partes á los ardores del sol, que rodea hasta muy lejos la ciudad, y las rutas abrasadas y polvorientas que tuvo que seguir Maria Rosa, no se persuade uno fácilmente que hubiese podido, á estar atacada de una enfermedad grave, hacer veinte y cinco millas en ocho horas, tiempo brevísimo si se tiene en cuenta la marcha ordinaria del jumento. Aun es más evidente que la sed importuna que parecia agobiarla habia de atribuirse á la fatiga de este largo y penoso viaje y á un aumento de la fiebre más bien que á la extrema gravedad de la dolencia.

6. Si la enfermedad no habia llegado aún al tercer

grado de la tisis, no sin razon tal vez muchos doctores sostenien que el esfuerzo extraordinario del cuerpo y cierta violencia de la enfermedad, que fueron el resultado del viaje, pudieron contribuir á curarla más pronto, y que la enfermedad aguda, como dicen los médicos, pudiese quilar la crónica.

7. No puede tampoco desecharse la objecion tomada del tratamiento que se hizo seguir á la enferma. Es cierto, en efecto, que hasta su curacion le dieron constantemente los remedios más propios á su estado, y sin motivo el defensor de la causa los considera como inútiles. Sabemos por los testigos que nuestra jóven, despues de haber estado á las puertas de la muerte, encontróse en seguida gradualmente un poco mejor; pudo levantarse, pasearse lentamente, hacer el largo y penoso viaje de Roma; subió la cuesta del Capitolio; vino varias veces á la iglesia de Santa María del Monte, y allí se arrodilló ante el sepulcro del venerable José, absorta en su oracion, y entregóse á otros ejercicios de piedad. Por lo demás, ninguna señal de la enfermedad anunciaba entonces una muerte cierta.

8. Ahora, si se compara el estado de esta mujer tal como acabamos de describirlo, con el en que se encontraba cuando recibió los últimos Sacramentos y se esperaba á cada momento su postrer suspiro, hay á la verdad una diferencia manifiesta y un serio resultado del tratamiento seguido. No estaba, pues, reducida á una extremidad tal que no hubiese ya recursos en el arte humano y en los remedios naturales.

Lejos de empeorar de dia en dia, experimentó creciente alivio antes que saliese sana y salva de su dolencia.

9. Bien considerado todo, esta curacion completa, precitada de una mejoría, se debe atribuir parte al poder de la naturaleza misma, que á veces obra con mayor energia de lo que se cree para apresurar la curacion, parte á los remedios sin cesar empleados, y sobre todo á la leche y al suero, que la enferma tomaba hacia mucho tiempo. Este último tratamiento es efficacísimo para curar la tisis, como lo demostró el perito Maggiorani siguiendo graves autoridades, que atestiguan que «gracias á un tratamiento de leche convenientemente dirigido, muchos tísicos que tenian por decirlo así un pié en la barca de Aqueronte curaron y volvieron á su primitivo estado de salud.» Con razon, pues, y en buena ley, este perito ha deducido de dicho tratamiento el augurio y el presagio de un éxito feliz y seguro.

10. A este juicio del perito no puede oponerse el del médico que cuidó á la enferma. Segun este último, los remedios empleados no eran más que un simulacro de tratamiento, y no tenian la fuerza de producir el efecto buscado; pero en este asunto el médico sólo tiene que llenar el papel de testigo y no el de juez.

Respecto al defensor, muchos Padres han comprendido que se dejó arrastrar con exceso por las necesidades de su causa al hablar de la leche, del suero y de las tisanas que tomó la jóven en términos sobrado despreciativos: *Habria derecho para decir que eran bebidas preparadas para perros y no para una mujer.* No se comprenderia, que en un pueblo donde abunda la leche, el médico que trató á María Rosa no pudiese instruir suficientemente á aquellos que cuidaban á la enferma, para que preparasen la leche, el suero y aun las tisanas segun las prescripciones de la medicina, para dárselas á beber. Como quiera que sea, la salud de María Rosa, que pareció mejor un poco de dia en dia, demuestra la utilidad del tratamiento.

11. Muy de otro modo se presentan las tisis del todo confirmadas, cuya curacion milagrosa nos señala Benedicto XIV (lib. 4, part. 1, cap. 18). Entre otras, habla de una religiosa consumida por la tisis, que yacía en cama de tal suerte debilitada que no podia levantar la cabeza sin auxilio ajeno; habla tambien de Camila de Ferraris, que, despues de haber padecido esta enfermedad durante ocho años, no teniendo ya confianza en los remedios, y abandonada por los médicos, esperaba en cama una muerte inminente. Pues bien, esas personas tísicas en un estado de enfermedad tal que aun un ciego las hubiera juzgado desesperadas, apenas imploraron los socorros del cielo, se levantaron llenas de salud y fuerza, como si nunca hubieren estado enfermas. Hé ahí el aspecto que presenta por lo comun aquel que se muere de una tisis adelantada. Por lo que respecta á la curacion de Camila de Ferraris, harémos notar que si todos los auditores de nuestra santa Orden y todos los miembros de nuestra santa Congregacion creyeron que con toda seguridad podian aprobar el milagro, fué despues que ocho médicos célebres emitieron unánimemente parecer favorable. Estos ejemplos prueban por una parte, á qué estado miserable y desesperado ha de quedar reducido el enfermo para que pueda decirse que hay tisis confirmada; por otra parte nos advierten que no debemos decidírnos sin reflexion y con apresuramiento acerca la realidad de un milagro.

12. Las observaciones que acabamos de hacer demuestran que al punto en que está la cuestión, el milagro no es aún indudable. Ciertamente hay el juicio médico del perito Ghirelli que se pronuncia por el milagro; pero permitiéndonos la muerte de este médico, como lo hacen observar algunos Padres, expresar más libremente nuestra opinión, diremos que procedió por declamación más bien que por razonamiento: su conclusión final ó su juicio no se deduce legítimamente de la doctrina que expuso. Al contrario, el otro perito Maggiorani, á quien una ciencia notable y felices resultados en la práctica han dado gran nombre en la ciudad, juzga que la curación de que se trata en este debate, debe atribuirse á las fuerzas de la naturaleza.

Verdad es que el ilustre defensor de la causa, en un excelente alegato, se ha esforzado por demostrar que el perito contrario al milagro había deducido su juicio de razones sofisticadas y casi capciosas. Aun cuando fuese probado esto, ningún ataque sufriría por ello la ciencia de este ilustre perito, y ningún hombre sensato podría maravillarse de ello, pues no hay ciencia humana, aun la más vasta, que esté al abrigo de una inadvertencia. Así con razón escribe Plinio: «Ningún mortal es siempre prudente.» Por lo demás no hay que diferir completamente al abogado en cuestión, pues tratase aquí de cosas cuya apreciación es principalmente del resorte de la medicina, y por lo tanto exige en este arte una ciencia consumada, que por cierto no puede atribuirse al defensor. Una hábil experiencia enseña muchas cosas que á veces escapan á una ciencia magistral, pero teórica. En realidad, todo el arte de los médicos no puede ser otra cosa que el resultado de numerosas y largas observaciones.

Y tan verdad es esto, que el célebre Dr. Reid, que respecto á reputación de ciencia médica pocos le igualaron y no tuvo superior, acostumbraba decir que para juzgar las enfermedades no podía omitirse nada, y debía darse mucho á la razón y mucho más á la experiencia. De consiguiente, el que tiene que emitir un juicio en curaciones de este género, nunca ha de sacar sus argumentos de la ciencia médica únicamente, sino también de la experiencia.

13. Así las cosas, hay que recurrir á otro médico distinguido que, llenando el papel de árbitro más perito, nos enseñe, con argumentos invencibles, si el defensor de la

causa refutó bien las razones y las autoridades aducidas por su sabio adversario, y si quedan todavía algunas observaciones que la experiencia médica pueda oponer al milagro en cuestión.

Respuesta á las últimas críticas del Promotor de la fe relativas al primer milagro.

1. La prudencia que se admira en los trabajos y la doctrina de la Congregación de Ritos brillan de un modo particular en el fin del ataque á que contesto. Puestos los Padres entre la autoridad de un ilustre médico y la fuerza de la verdad que contra él sostenemos, dicen: Preferimos adherirnos á lo que vemos es verdadero, que engañarnos suscribiendo á la opinión de un médico, por célebre que sea. Por esto han pedido que les ilustren hombres más sabios, á fin de saber si habíamos refutado suficientemente las objeciones de nuestro hábil adversario.

2. Aunque nuestro contrincante no haya contestado de una manera formal á esta demanda, sin embargo en su conjunto, y tal como es, su respuesta ha sido de hecho, sino de intención, tan satisfactoria que nada me deja que desear. Los argumentos que hemos refutado los refuta á su vez, y lo que es más aún, obligado por la fuerza de la verdad, los rechaza con los mismos argumentos de que nos hemos servido. Entre nosotros hay la única diferencia de que él los ha reducido á la nada con rapidez, mientras que á nosotros nos ha sido preciso mucho tiempo y un penoso trabajo. El motivo de esta diferencia está á la vista, pues nosotros no éramos un médico, contestando á un médico de gran renombre, y tuvimos no sólo que refutar los más fuertes argumentos, sino contestar además á las más minuciosas dificultades, desmenuzándolas en cierto modo y destruyéndolas una á una por temor de que el prestigio del nombre perjudicase á la causa que defendemos. Asimismo hemos tenido que confirmar cada uno de nuestros asertos, y hasta dirémoslos cada una de nuestras palabras, con la autoridad de autores de incontestable mérito, á fin de que se entendiese perfectamente que, en una tesis médica, no recurriamos á nuestras propias luces, sino á las de los sabios más conocidos y aprobados.

Nuestro adversario, al contrario, que por la celebridad

de su nombre, por la producción de sus obras y su larga práctica, no tiene rival, y no teme el prestigio del nombre, por ilustre que sea, de su adversario, sólo ha contestado á algunas de nuestras objeciones, y digámoslo, á las más débiles, á las que caerían por sí mismas una vez levantadas las primeras. Además tampoco ha tomado en cuenta el cúmulo de autoridades de los más excelentes autores que le hemos opuesto, y sólo se ha confiado á su propio parecer.

3. Pero como las diferencias entre nuestro adversario y nosotros no alcanzan á los hechos y los dejan subsistir, resulta que los ataques son favorables á nuestra causa por los mismos argumentos que hemos producido. Hé aquí por qué, apoyados en nuevos documentos que arrojan nuevas luces sobre la cuestión, emprendemos con confianza esta tercera discusión.

Ante todo séame permitido tributar gracias á los reverendísimos Padres de esta Congregación, porque hasta ahora han recibido con tanta benevolencia nuestras palabras, dignándose alentar con lisonjeras alabanzas el ardor y la severidad que acostumbramos desplegar en la investigación de la verdad de los milagros y la certificación de las pruebas, antes de proponerlas á la augusta Congregación. Abrigamos la convicción profunda, en efecto, de que la Iglesia está sumamente interesada en que no se propaguen falsos milagros en vez de verdaderos, para no dar lugar á los heterodoxos á que le dirijan sofisticos reproches.

Hechas estas observaciones, empezamos nuestra tarea con el auxilio de Dios y del venerable Benito José.

Curacion.

4. El diagnóstico de la enfermedad parece no está todavía fuera de toda duda: 1.º porque los síntomas de la tisis pueden confundirse fácilmente con los del catarro crónico; 2.º porque las señales de la tisis están de tal suerte complicadas en sí mismas que engañan hasta á los hábiles médicos; 3.º porque su curso fué rapidísimo, y 4.º porque la expectoración del pus no es siempre un indicio seguro de tisis, aunque uno se apoye en este signo como característico de la enfermedad: el mismo Dr. Ghirelli confirmó este hecho con su parecer y su experiencia.

5. En nuestra anterior respuesta escribimos: «Quien haga caso omiso de las causas de la enfermedad, que no abarque de una mirada sus diferentes épocas ó fases, que se limite á considerar los síntomas aislados y separadamente, nunca conocerá la verdadera naturaleza de la enfermedad.» Hasta nuestro adversario lo confiesa diciendo: «Hay que observar sobre todo, en el parecer que se emite acerca la naturaleza de la enfermedad, para evitar las dificultades que impiden pronunciar un juicio sano, hay, digo, que establecer el diagnóstico sobre un conocimiento absoluto y seguro de las causas y de los síntomas. Si se descuida este principio, quedan siempre dudas, surgirán nuevas objeciones, y nunca será demostrado lo que se cree tal, ni se llegará á un conocimiento seguro de las cosas.

6. Ilustrado por esta regla en nuestros precedentes escritos, hemos manifestado el temperamento de la joven, su edad, sus afecciones mórbidas anteriores, la causa próxima é inmediata de su tisis, y finalmente, todos los síntomas de esta última enfermedad. Sigamos siempre esta regla y se desvanecerán las dudas. Vamos á considerar una joven pleórica que, á causa de la edad ó del temperamento, estaba predispuesta á contraer la tisis: se presenta atacada de un asma convulsiva que, fatigando los pulmones, la inclinaba también á la tisis; hémos aquí en presencia de morbillos reentrados, cuyo virus, muy apto por su naturaleza á atacar violentamente los pulmones, debía en el caso actual recrudecer con mayor violencia aún, si tenemos en cuenta la contextura delicada de la viscera, en edad tan tierna, de la afluencia más considerable de la sangre en un temperamento pleórico, y de la presencia de un asma convulsiva. Vemos nacer de ahí una inflamación evidente y profunda de los pulmones; como era de esperar despues de la acumulacion de tantas causas que no podian menos de producir este resultado. Vemos en seguida esta inflamación, no resuelta, sino degenerada, al contrario, en supuración. Por último, tenemos la conversion de una enfermedad aguda en crónica, rodeada de todos los síntomas y de todas las vicisitudes de la tisis. ¿Qué hombre de buen sentido pudiera, pues, no concluir como nosotros?

7. Las causas del catarro crónico son diferentes; diferentes son sus principios y sus progresos: pase el que puedan confundirse muchas veces sus síntomas con los de la tisis; pero aquel que no se contenta con un examen

superficial, que sepa detenerse á considerar las disposiciones físicas, la debilidad y los diversos sufrimientos del principio, la serie, las etapas y los progresos de la enfermedad de María Rosa, nunca podrá llamarla un catarro.

8. Con estas reflexiones satisficemos á la tercera observación acerca la dificultad del diagnóstico, y repetimos la regla que hemos sentado, regla aprobada por el excelente Dr. Maggiorani y por Franck: «La especificación de la tisis no puede establecerse más que por el examen más profundo de la constitución de la enferma, del progreso de las afecciones mórbidas anteriores, y principalmente de las evoluciones de la enfermedad actual.» No cabe duda que aquel que descuidase la constitución del enfermo, que no tuviese en cuenta el asma anterior, que no contase para nada la retrocesion de los morbillos, y que no considerase la inflamación subsiguiente de los pulmones, pudiera ser inducido á error por la semejanza de los síntomas y dar el nombre de catarro á una verdadera tisis. Mas el tal se enganaría, no por la dificultad del diagnóstico, sino por su incuria ó por el defecto de juicio que le ha hecho desunir lo que era preciso juntar.

9. Por lo que respecta á la brevedad de la dolencia, hemos recordado en otra parte que los médicos distinguen la tisis en crónica y aguda segun su curso lento ó rápido, y que á veces se encuentran tisis tan violentas que tienen su terminación violenta en el espacio de algunas semanas y aún de pocos dias. Hemos notado tambien que la duración de la tisis confirmada es tanto más breve cuanto la fase de los accidentes preparatorios ha sido más corta y crítica. Pues bien, en el caso que nos ocupa hemos hecho observar que en la persona de María Rosa, dotada de una constitución pleurítica y asmática, sometida á la influencia del virus morbillosa repercutido, y atacada en seguida de una inflamación de los pulmones, la fase preparatoria de la tisis al principio debió ser muy violenta; y la prueba de que fué así es que hubo necesidad de administrarle los santos Sacramentos, y que, por lo tanto, la fase subsiguiente de la tisis confirmada tuvo que ser muy breve. Segun el cómputo establecido por el mismo adversario, la enfermedad terminó al cabo de dos meses, y este término ha de juzgarse no excesivamente corto, sino quizá un poco largo.

10. Por lo que respecta á las expectoraciones de pus, no decimos, y nadie lo pretende, que este síntoma, aisla-

do de los demás, indique una verdadera tisis; considerado solo, dista tanto de ser un síntoma decisivo, que los médicos distinguen claramente los esputos puriformes de los purulentos, y enseñan al mismo tiempo que se conoce con certeza el verdadero carácter del pus, cuando el curso entero de la enfermedad y la síntesis completa de los síntomas muestran que ha tenido lugar la supuración. De ningún modo, pues, nos contraria el hecho que se nos objeta: una señora que arrojaba todos los meses hasta tres libras de pus, no tenia ni fiebre hética, ni dificultad de respirar, ni demacración, y no la fatigaba la tos ni las otras vejaciones que acompañan á la tisis; al contrario, dícese que era apuesta persona, y que de vez en cuando se encontraba en muy buen estado. Los esputos purulentos no son, en efecto, signos patognomónicos, sino cuando corresponden á esta síntesis de los síntomas y á este período de la enfermedad que indica estar ya hecha la supuración; pues entonces solamente las expectoraciones purulentas acusan las úlceras de las vísceras, y con tanta mayor seguridad cuanto son más frecuentes y abundantes, y así vienen á ser una condicion de este estado patológico de los pulmones.

11. «Aquí tiene lugar, pues, la regla mencionada más arriba: No puede tenerse un diagnóstico seguro de una enfermedad sin considerar al mismo tiempo las disposiciones físicas de la enferma, los desarrollos de la dolencia y el curso simultáneo de todos los síntomas.» Ahora bien, cualquiera que examine las objeciones que se nos han hecho, verá que están en completa oposicion con esta regla, pues se han separado los síntomas de la constitución de la jóven, de los progresos y del curso de la enfermedad, limitándose á compararlos con síntomas semejantes de enfermedades diferentes. Luego se ha alegado la brevedad de la dolencia sin tomar en cuenta las causas predisponentes y la violencia de la fase preparatoria, cosas todas opuestas á la verdadera ciencia médica.

12. El crítico, pasando del carácter de la enfermedad á su intensidad y gravedad, juzga que la tisis de María Rosa llegó, no al tercero sino al segundo grado, porque en éste se encuentran, como en aquel, la respiración penosa, una tos violenta, esputos saniosos, la fiebre; y en el segundo grado la curación no era imposible. Busca la prueba de su afirmación en el viaje á Roma, que no hubiera sido posible, segun él, en el último ó tercer período, y al que

atribuye la extraordinaria sed causada por la fiebre. Añade que, en esta hipótesis, pudo suceder que la gravedad de la dolencia, aumentada por el viaje, cambiase el estado crónico del mal en estado agudo, y por lo mismo contribuir á la curacion.

13. Toda esta manera de razonar descansa en una confusion de ideas. Respecto al hecho, imaginado por nuestro adversario, de que la sed de la enferma fué excitada por el viaje, y que es no un sintoma de la enfermedad sino un efecto de la fatiga, está demostrado por las deposiciones que nuestra joven enferma, guardando cama en Mazzano, *estaba decorada por una sed que no podia calmar bebiendo, porque, como decia, se sentia interiormente atra-sada.* Olvida además ciertos síntomas que sólo se presentan en el desenlace de la tisis, como la edema de los pies y el dolor de costado. Respecto al derecho, puesto que el contradictor pretende que hay que excluir el prodigio en una enfermedad que era por su naturaleza curable, sienta el principio de que no puede tener lugar ningun milagro en un sujeto atacado de una enfermedad curable por su naturaleza. Pero es evidente que esta gravedad se deduce ora de un peligro de muerte inminente, como en una tisis confirmada, aunque los últimos síntomas no se hayan mostrado todavia, ora de la violencia de los síntomas, como en la tisis incipiente, la que, aunque sea curable, presenta síntomas tan violentos que, sin ser aún confirmada, mata al enfermo; ora, por último, de la imposibilidad absoluta de hacer cesar instantáneamente la dolencia, aunque por sí misma no cause peligro alguno de muerte, que no atormente á la enferma con ningun sintoma mortal, y que sea aún fácilmente sanable, como lo son con mucha frecuencia las fracturas de los miembros.

14. No se engaña menos en su juicio médico afirmando que los tísicos, cuando llegan al último periodo, no pueden ya moverse ni obrar, puesto que está probado por la experiencia diaria y por la enseñanza médica, que la accion muscular continúa existiendo en esos enfermos, y que gozan hasta el fin del juego de sus músculos, muchos hasta en los postreros minutos de su existencia, de lo que hemos dado bastantes ejemplos en los precedentes escritos. Añadamos, por último, que nuestro adversario habla de la tisis en cuestion como si fuese incipiente y de ningun modo como confirmada, puesto que, para mejor afirmar la posibilidad de la curacion, invoca el segundo

grado. Mas como esta objecion tiene su origen en las divisiones diferentes de las fases establecidas por los diversos autores, rechaza nuestra tesis sólo en las palabras y no en su realidad, lo que le concedemos gustosos.

15. La naturaleza ó esencia de la tisis pulmonar tuberculosa consiste esencialmente en la ulceracion de los pulmones, acompañada de fiebre hética, pues los otros síntomas son meras consecuencias de los indicados. Si-guese de esto que todo lo que precede á la formacion de la úlcera no es aún la tisis, y hablase de ella como de un estado futuro más ó menos probable. Pero cuando la úlcera está declarada, el que exista desde un dia, un mes ó un año, la tisis existe, y se le da el nombre de confirmada, con la única diferencia de que agravándose la enfermedad, agrávanse tambien los síntomas. De ahí, pues, la grande division entre la tisis incipiente y la confirmada. En la primera el pulmon se dispone á la ulceracion; en la segunda la ulceracion está hecha y se agrava hasta que se sigue la muerte, porque, como hemos dicho, el progreso cotidiano de la enfermedad arrastra consigo el progreso de los síntomas. Algunos autores han subdividido cada uno de estos dos periodos, ó grados, primero en otros dos, la tisis *incipiente* y la tisis *en progreso*, y luego en tres: «Mas porque, dice Bursler, la tisis confirmada ó ulcerosa recorre poco á poco sus periodos ó fases hasta que llega á su término fatal, es más justo, para que se comprendan mejor sus diversos estados, distinguir, en su curso, tres grados claramente indicados por la naturaleza diferente de la ulceracion y del enfaquecimiento. El primero, cuando el pulmon comienza en algun modo á ulcerarse y que la extenuacion del cuerpo no es aún muy visible; el segundo, cuando la úlcera y la demacracion se muestran de una manera más patente; el tercero, por último, cuando el pus lo ha infectado todo y la úlcera se extiende á lo lejos, de suerte que estando liquidados todos los jugos, los huesos quedan casi sólo cubiertos con la piel.»

16. Explicada así la cosa, es evidente que nuestro contradictor ha querido hablar de una tisis comenzada, en vez de una tisis confirmada. Refiere la enfermedad de Maria Rosa al segundo grado, á causa de su respiracion sofocada, de su tos acerba, de la fuerza de la fiebre, de sus esputos saniosos y fétidos, y por último á causa de la demacracion y abatimiento del cuerpo entero, síntomas to-

dos, como hemos visto, comunes al segundo y al tercer grado. Por lo mismo, sin embargo, sólo ha podido tratar de una tisis confirmada. Ahora bien, admitiendo la certeza del diagnóstico que hemos establecido más arriba, los esputos saniosos no pueden ser así expectorados sin que haya úlcera del pulmón, y ésta es la señal de la tisis confirmada. Luego, conforme las concesiones mismas de nuestro contradictor, tenemos una tisis confirmada en el caso que nos ocupa. Entonces, conviértase tanto como se quiera esta enfermedad, de crónica en aguda, ¿quién podrá nunca admitir que puede curarse en una noche, y ni siquiera en dos días, esa úlcera de los pulmones, y curarla de manera no sólo que no haya más expectoración purulenta, sino de suerte que se desvanezcan todos los síntomas, que se recobren las fuerzas con el apetito y el gusto del alimento, que se restablezca la acción digestiva, que desaparezcan la palidez y la demacración, que á su vez las fuerzas musculares sean tan perfectamente restablecidas, que permitan andar á pié algunas millas tanto en la ciudad como en el campo?

17. Luego, entre el ataque y la defensa no hay aquí oposición, sino un consentimiento perfecto. Sólo hay disentiimiento en un solo punto: nuestro contradictor quiere que María Rosa en los últimos días de la enfermedad estuviese en el segundo período de ella, y nosotros en el segundo. La razón de este disentiimiento estriba en parte en la autoridad de Bursar ya manifestada, y en parte en los síntomas omitidos por el crítico. Si el segundo grado difiere del tercero por la intensidad de los síntomas, y si el tercero existe cuando el pus lo infecta todo, y que la llaga tendiendo á ensancharse todo lo líquida, hasta el punto de que no queda más que la piel sobre los huesos, nos veremos obligados á admitir que la jóven había llegado al tercer grado, puesto que, por confesion del médico, arrojaba esputos más abundantes, saniosos y fétidos, y que este pus expectorado más copiosamente demostraba que la llaga era muy ancha: por otra parte su aspecto, su posturación y su enflaquecimiento movian á compasion á todo el mundo, y no tenia más que huesos y piel. Notad además esa señal característica del período extremo, la edema, pues los piés estaban hinchados hasta media pierna. Añadid aún el dolor del costado, otro signo mortal que con mucha frecuencia no precede la muerte sino de pocos días ó aun de pocas horas. No será entonces posible

que nuestro adversario sostenga aún que María sólo había llegado al segundo grado de su enfermedad.

18. Y esta conclusion de ningún modo es combatida por el ejemplo, tomado de Benedicto XIV, de la curacion rápida de María de los Angeles, religiosa capuchina. Pos-trada hacia tres años bajo el peso de una tisis, y no pudiendo levantar la cabeza sin ajeno auxilio, fué curada acercando á su persona un vestido de san Carlos Borromeo. Ni se puede invocar tampoco el ejemplo de Camila Ferraris, que trabajada hacia ocho años por una fiebre héctica, despues de haber agotado todos los remedios, yacía en cama y próxima á la muerte. Efectivamente, en vano buscaréis en estas dos tísicas los síntomas que se encuentran en los otros, y que dependen de la constitucion diferente del enfermo, de causas diversas, del variado curso de la enfermedad, etc. Tampoco sería justo buscar en una enferma de tres meses ese abatimiento completo de fuerzas encontrado en enfermas de tres ó ocho años.

19. Por lo demás, si existen verdaderos casos de tisis confirmada (casos juzgados tales no sólo por el curso de la enfermedad, sino tambien por la autopsia de los pulmones), lo son á la verdad los que hemos referido segun Swieten. Un hombre ilustre, afectado durante treinta años de una tisis confirmada, cumplió todos los deberes de su estado hasta la muerte. Un jóven que, padeciendo hacia mucho tiempo, arrojaba esputos tan fétidos que apenas podia soportar su hedor el médico, vivió sin embargo de esta suerte dos años enteros, dedicándose á sus trabajos ordinarios, y ese ilustre musico enteramente extenuado por una tisis consumada que la víspera de su muerte hacia resonar sus címbalos con suma celeridad de dedos; si, digo, esos son verdaderos casos de tisis confirmada, lo mismo que los tomados de Portal, Federigo y Laennec, sin hablar de tantos otros ejemplos que la cotidiana experiencia pone á la vista; si á pesar de tan larga duracion de las enfermedades, las fuerzas son aún tan considerables en los tísicos, ¿quién, pregunto, que no haya perdido el buen sentido, pudiera negar que nuestra jóven fué atacada de tisis confirmada, en el tercer grado, bajo pretexto de que, colocada en un jumento y sostenida por ambos lados, pudo ir á Roma á donde llegó casi inanimada; so pretexto de que sostenida por uno y otro lado por su madre y su prima, que apenas podian sostenerla,